

*Juana Manuela Gorriti*

# LA TIERRA NATAL

*basada en la edición de  
Buenos Aires, Félix Lajouane, 1889*

# INDICE

|                                    |            |
|------------------------------------|------------|
| <i>Juana Manuela Gorriti</i> ..... | <i>vii</i> |
| <i>La tierra natal</i> .....       | <i>1</i>   |

## JUANA MANUELA GORRITI

(\*)

Cuando en Chile meditaba mi inolvidable viaje al Perú, impulsábame hacia el imperio de los hijos del sol, el deseo de conocer á Lima, y dos personas de diverso sexo y vocación diferente, que me interesaban sobremanera: el Padre Esquiú, oculto en el convento de Descalzos, esquivando la frente á la mitra del Arzobispo de Buenos Aires, y Juana Manuela Gorriti, arrojada por las ondas aireadas del Océano de la vida, en una escuela de niñas, que le había servido de playa salvadora en el naufragio. Recién en una noche del mes de Mayo de 1873, inmediata á la de mi llegada á la ciudad de los Reyes, pude realizar esa especie de sueño de mi imaginación, quedando incompleto en cuanto se refería al modesto y elocuente franciscano, refugiado é incógnito en el monasterio más respetado de la capital, cuyos cimientos abrió Pizarro con los bien templados aceros de la hueste conquistadora. Próximo á emprender un largo viaje, al despedirme con enternecimiento de todo lo que constituye una gloria de mi tierra natal, siento imperiosa necesidad de hablar de aquella anciana, pródiga en buenos deseos para el que se aleja, y á quien desde luego espera de retorno, aguijoneada por la curiosidad de conocer las impresiones que le dejen las cosas grandes, de ese otro mundo mayor que el que la cuenta entre sus hijos esclarecidos.

Nacida en medio de agitaciones, la vida de Juana Manuela Gorriti se ha desenvuelto entre tempestades. Parece que todos sus actos participaran del aspecto agreste, á la par que grandioso, de los Andes de Salta, su cuna; de Bolivia, su refugio en la proscripción; del Perú, su oasis en las penurias de larga peregrinación. Las alas de su espíritu, parecidas á las del cóndor, la llevaron del valle á las alturas de la cordillera. Visitada por la inspiración, divide con la Avellaneda el imperio literario de la mujer americana en la América

(\*) Publicado en *El diario*, de Buenos Aires, el 5 de noviembre de 1888.

española. Lo que de viril y adusto le imprimió el infortunio, lo ha modificado el sentimiento femenino, tierno y delicado, desbordante de su corazón, como la savia de la floresta colombiana, o la resina del tronco herido por el hacha del sándalo de la India.

Apenas tras ruda batalla recuperó la serenidad del ánimo, reapareció en ella la soñadora de lo bueno, la utopista de lo bello, la imaginación creadora del artista, que la impulsa á ver flores en el campo erial y virtudes en los corazones empedernidos. Los hijos de su fantasía, aparentemente menos amados que los de sus entrañas, en consorcio con la bondad del carácter, alejándola de la misantropía compañera de las decepciones, la han entregado como maniatada al optimismo más generoso. Pocos argentinos han leído tanto como ella en el libro de la naturaleza. Una intuición superior infunde en su espíritu la visión de las cosas ignotas. La práctica de la vida, las reminiscencias de la juventud, la circunstancia de haber tomado parte en episodios extraordinarios de nuestra historia, constituyen la fuente inexhausta de su conversación interesante, instructiva, encantadora, que encuentra la fuerza en el ingenio, y la gracia en la palabra brillante y apropiada, que como el agua de las cumbres de la sierra, se purifica incesantemente en virtud de la elevación de la caída.

Juana Manuela Gorriti lo ha contemplado: el campo de batalla de los bandos y de los pueblos; el desgarramiento de los sentimientos ajenos y la lucha solitaria de las propias pasiones. Observadora, no sólo ha visto, sino que ha estudiado cuanto ha caído bajo su mirada: afectos é ideas, aspiraciones y fibras de la naturaleza humana. Narradora por inclinación, no puede dejar de repetir lo que es idea de su cerebro o visión de su fantasía. Analiza el espíritu como un psicólogo, disecciona la entraña como un fisiólogo, y de aquí que algunas de sus obras parezcan haber tenido por buril un escalpelo, y por escritorio la mesa de un anfiteatro. Artista minuciosa y delicada, reuniendo los elementos grandes y pequeños, ha concertado los colores, variados de ciertas narraciones, con la paciencia inteligente de los fabricantes de mosaicos de Florencia. En aquella cabeza de mujer dibujada por ella, brillan las tintas de su abundante paleta, como los toques lucidos de los esmaltes de Limoges. Algunas breves leyendas que apenas forman una escena, recuerdan los bajos relieves, reducidos y artísticos, de los plateros de la época de Cellini. Encuéntrase en la colección de sus obras, marcos primorosamente labrados, conteniendo composiciones de importancia dudosa, que involuntariamente traen á la memoria algunos lienzos italianos, que sobreviven por las cornisas venecianas, que formaron uno de los ramos del arte escultórico de la antigua reina del Adriático.

La morada que parecía albergue proporcionado á la familia que la ocupaba, después de desaparecido el padre, toma insólitas proporciones, producidas más por el físico, por el vacío moral que dejara el Patriarca. El esparci-

miento de los supervivientes no puede cubrir el trecho que él ocupaba á la larga mesa del comedor, en que se celebraron tantas fiestas de familia, y se partió muchos años el pan de la Navidad. Levantados los manteles, unos se retiraron á sus habitaciones huyendo de los recuerdos, otros van á perseguirlos en el salón, donde todas las noches el padre pagaba, reclinado en un sitial, tributo anticipado á la fatiga del día. Cuando las aves anidadas en las cornisas de las ventanas, comenzaban á desperezar las alas y á saludar el día, asomábase á ellas el anciano, apercebido por el instinto, para emprender la jornada de las veinticuatro horas inmediatas. Aquellos árboles los plantó un hermano que no los vio florecer; aquella fue la alcoba en que una madre santa dio á luz sus hijos con acerbos dolores, y, donde, reclinada en el seno de la misericordia divina, se despidió de ellos, ungiéndoles la frente con la última de sus lágrimas; aquel gabinete fue el preferido de los amigos de la familia, entre los cuales figuraban próceres de la patria, que eran acogidos con veneración; aquella otra habitación, humedecida por el musgo de las paredes, fue la escuela en que los pequeños aprendieron á rezar y á leer; aquellos árboles, aquellos muros, aquellas plantas, constituyeron un día el hogar, el paterno hogar, enlutado al abandonarlo quien le puso los fundamentos, convertido en ruinas al diseminarse la nueva generación, impulsada por vientos parecidos á los que arrancan del tronco y arrastran á larga distancia las hojas secas de la floresta.

«Horcones» llámase el hogar en que nació Juana Manuela Gorriti, y habría perdido el sitio hasta el nombre, si en la edad proveya, ella, no lo hubiera reconstruido con la imaginación, volviéndole como á evocar de un «montón informe de malezas y de ruinas, habitado solamente por los tigres y los chacales». Estas líneas son un monumento literario, que por razón de la existencia duradera y elocuente del papel, vivirán más que las piedras deleznales y mudas del hogar de los Gorriti, derribadas por el abandono de sus dueños y pulverizadas por los cascos de los caballos de la horda triunfante.

Juana Manuela Gorriti cultiva con esmero y conserva todavía fresca y sonriente la flor de la cortesía, que con tan pocos ejemplares va contando. Péonese al habla, sin repugnancia, con todo el que la solicita un servicio o un consejo, elevándose hasta los que poco ignoran y descendiendo hasta los que nada saben, para alentarlos modestamente á abandonar las incertidumbres de la acción y las sombras de la inteligencia. La necesidad obligola en Lima á ganarse el pan cotidiano enseñando niñas, que llegaron á ser como hijas suyas. Después de corridos algunos años de maestra, dócil á sus inclinaciones artísticas fundó, en el mismo modesto albergue, las Veladas literarias, que prestaron pábulo á la conversación y á las letras, que echan de menos en salones y academias la forma concreta y castiza de su palabra, brillante, instructiva y siempre intencionada. La benevolencia, la versatilidad, la abundancia, la ligereza del pensamiento alado, caracterizan esta conversación, que interesa á los hombres y atrae á los niños, porque forma una especie de agrupamiento

artístico de imágenes, ocurrencias y episodios, en que la interlocutora distribuye la luz á la manera de Rembrandt, si refiere asuntos dramáticos, o esparce las claridades místicas de Murillo, si pinta algún cuadro hebreo, en que descolló el niño Jesús o figuró la virgen María, regando el valle de lágrimas con el vino de Canaán. Entra en materia con el pie vacilante y tímido de quien cree va á hacer o decir más o menos lo que debe, retirándose sin vanagloria pueril cuando convence, o silenciosa después de haber replicado una vez sola al porfiado. En sus viajes azarosos á través del desierto y de la montaña, ha adquirido repugnancia invencible á las asperezas y á las espinas, evitando, á costa de cualquier sacrificio, el contacto con lo que es grosero o punzante. Por eso en sus salones de Lima y Buenos Aires, se respiró siempre el ambiente sereno y perfumado de la casa solariega y aristocrática en que nació, arrullada por los cantos maternos y los himnos patrióticos que saludaban la independencia americana.

He calificado ex profeso de aristocrática la casa que los antepasados de los Gorriti fundaron en la Provincia de Salta, porque, en mi lenguaje, apeno como mi espíritu á preocupaciones nobiliarias, aristocracia es sinónimo de superioridad moral é intelectual. Cuando tomo «Sueños y realidades» (¡cuán blandos han sido los sueños, y, cuan duras las realidades de la tutora!) busco la página consagrada por ella al hogar paterno, para repetir con emoción fiel á el alma como el dolor al hombre, el apóstrofe, á las ruinas de «Horcones», al parecer inspirado en los trenos de Jeremías. Prueba convincente de la superioridad intelectual y del refinamiento del gusto, que he llamado aristocrático, porque es resultado de una especie de elección, me parecen esos renglones, que, como el libro entero, ostentan la gallardía de la lengua de nuestros antepasados, enriquecida por las voces de los idiomas indígenas y las figuras poéticas de un mundo nuevo. Arrancan las lenguas cintas del lenguaje popular. La grandeza de los idiomas, definidos por las Academias, reglamentados por las Gramáticas, se revela en la aplicación original y elevada de los vocablos, vehículos de las ideas, y al mismo tiempo galas del pensamiento, porque del uso apropiado é inesperado de las palabras resulta la elegancia y novedad de la dicción escrita o hablada. Juana Manuela Gorriti, empleando con acierto el instrumento de la palabra, ha encontrado el camino de la belleza de la forma que inmortalizó el arte griego. La manera particular de manejar la pluma o la palabra, constituye el derecho de propiedad del estilo en los artistas del pensamiento. Nuestra paisana ha conquistado el derecho de que se la reconozca ese título, expresándose originalmente en la lengua de Cervantes. Ella ha escuchado en las yungas, en las punas, en los valles y en las pampas americanas, el lenguaje de las criaturas sensibles é insensibles, el gemido del viento, la querrela del indio, el sollozo de la quena, y después de describir el desfiladero escabroso, la huaca profanada, la silueta agria de la montaña, el perfil adusto del arriero curtido por las inclemencias, la figura

melancólica del payador errante, ha compuesto tragedias y dramas, al parecer escritos ora á la luz deslumbradora del sol de los trópicos, ora al reflejo de la hoguera de los campamentos, ya alumbrada por el candil de la posada del caminante, ya en la granja rodeada de aldeanos, ora en el hogar circundado de mozas y mozos, ávidos de recoger en la memoria esas creaciones maravillosas, alternadas con cuadros cómicos, en que predominan la virtud y el amor, la sencillez de los hábitos y la inocencia del corazón.

Vinculada por la sangre á próceres de los tiempos heroicos del continente; ligada por amistades de familia á muchos de los actores del drama de la tiranía; relacionada con tres generaciones de prosistas y poetas de merecimiento en Salta, en Sucre, en la Paz, en Arequipa, en Lima, en Santiago, en Buenos Aires, su obra ha sido vasta por el dilatado tiempo de la acción, y americana por el teatro en que ha desplegado su asombrosa actividad, reflejando, por decirlo así, las diversas facetas políticas y literarias de la patria grande, con una sobriedad de líneas y colores que puede envidiarle, con razón, cualesquier escritor de la raza sajona.

La energía de la voluntad y los sueños de la imaginación, sostienen á nuestra compatriota de pie en las tribulaciones del alma y en las enfermedades del cuerpo. Como al Tacora, como al Misti, la nieve de la frente no le apaga el fuego de las entrañas. La voz de un clarín recordándole hazañas y victorias, la incorpora en el lecho en que yace postrada, de la misma manera que el repique de las campanas de la Pascua disipa el abatimiento de su espíritu desconsolado. En el árbol de Navidad, que todos los años planta, cabe el artístico pesebre en que reposa una imagen quiteña del niño Jesús, compañera inseparable suya en todos los viajes penosos, la refrigera con su sombra benéfica. No se cambiaría ella en la noche buena, rodeada de niños interesados sobremanera en cosechar los frutos que penden del árbol simbólico, por la graciosa Emperatriz de la India, cuando en su morada de Londres recibe los tributos del país del marfil, la seda y la porcelana.

Pero lo más admirable de esta naturaleza sensitiva, es que ni la envidia ni el rencor la cuentan entre sus inflexibles ministros. Instintivamente, sin esfuerzo alguno, admira á sus émulos y perdona á sus enemigos. Cuando se piensa en que Juana manuela Gorriti tiene adversarios, preciso es confesar de plano que la superioridad es una especie de pecado original que no ha sido redimido todavía.

El hogar de la señora Gorriti, tan modesto como atractivo, sus hijos tan inteligentes como simpáticos, su conversación tan sencilla como interesante, jamás se borrarán de mi memoria, jamás se borrarán de mi memoria, como el año, el mes, el día y la hora en que la conocí en la casa de Lima, convertida en escuela de niñas ricas y pobres. Absorbido por los recuerdos divinos de Jerusalén, la belleza histórica de Roma, la grandeza material de Londres, lo sobrenatural de Lourdes, lo tradicional de España, lo poético de Granada, las

montañas de Suiza, los canales de Venecia, el recuerdo del pincel valiente y seguro de la artista americana, hará vacilar el mío sobre el lienzo en que diseñé apenas lo que ella habría pintado de mano maestra. Al aproximarse el momento de despedirme de Juana Manuela Gorriti\*, renunció á formular todo concepto que exprese con ternura mi admiración por su talento, mi respeto por sus dolores, mi gratitud por los consuelos y plácemes, suyos, que me confortaron en el abatimiento, ¡pues temo que importuna lágrima borre mi firma al pie de estos renglones!

S. Estrada  
28 de octubre 1888.

Señor don Santiago Estrada.  
Presente

Querido amigo:

¡Gracias! Aunque de más parezca esta palabra un corazón que, hace largo tiempo, está llena de gratitud para usted.

Al leer el recuerdo que se ha dignado usted consagrarme, y o, tan humilde, héme por vez primera, sentido envanecida.

Y ¿cómo no estarlo con el elogio formulado por aquel, cuya palabra fue siempre la expresión de la verdad y de una austera convicción?

Por ello, ruego á usted me permita el honor de colocar esas benévolas frases al frente del libro que consagro á la tierra natal, como una carta de presentación á sus hijos que no me conocen, porque de ellos hame separado medio siglo de destierro.

Si alguna gloria pudiera haber para mí en esas páginas de lejanas memorias, será el hallarse al lado del ilustre nombre de Santiago Estrada, el de—

Juana Manuela Gorriti  
S/c, Noviembre 6 de 1888.

\* El autor partía para Europa.

# LA TIERRA NATAL

## – I –

Tantas veces habíase desvanecida la esperanza de volver á ver el amado país, que, confiando ya sólo en un milagro, volvíme hacia Aquella que la ciudad natal venera con tiernísimo culto, imploré su protección y le hice una promesa.

Supiéronlo; y en Salta, como en Buenos Aires, sonrieron con el descreído escepticismo de la época.

Sin embargo, aquel que más burla hizo de mi voto, fue el bendecido instrumento elegido, para realizar el milagro...

## – II –

Nunca proscrito, al tornar de largo destierro, sintió el gozo que llevaba en el corazón la viajera que, un día diez y siete de agosto, se embarcaba, camino de Salta, en el ferrocarril al Rosario.

Aquel momento tan largo tiempo anhelado, parecíame un señor y estrechaba fuertemente una contra otra, mis manos para persuadirme de estar despierta.

## – III –

La vista de Córdoba con su fisonomía graciosa y original, el aspecto heterogéneo de los pasajeros y la belleza característica de los diversos paisajes que atravesábamos, pudieron apenas borrar aquella obsesión.

No para matar el fastidio que yo no conozco, sino por hacer como los otros, llevaba un libro: una reciente publicación que ni siquiera abrí; porque, allí en el mismo *wagon* y cerca de mí, un grupo de literatos iban leyéndole y, frase á frase destrozándolo sin piedad.

¡Ah! Necesaria es la fruición inefable del escritor al dar á luz un libro, pa-

ra que pueda sobreponerse al terror de entregar ese hijo de su corazón y de su pensamiento, al diente chacálico de los Zoilos<sup>1</sup>, esa temible jauría que ahora veía yo mascar el que tenían en las manos, con los refinamientos de una acerba animosidad.

Mientras ellos se llenaban las fauces de hiel, entregados á aquella ingratisima tarea, yo, cerrado sobre mis rodillas el asesinado libro, divertíame escuchando las conversaciones que de un extremo al otro del *wagon*, se cruzaban entre los viajeros; todas incoherentes como el personal que las producía. Había de todo: plática, parla y charla.

—Es joven —decía uno de tres militares que iban apestándonos con el humo de sus cigarros— es joven y posee grandes cualidades de inteligencia y corazón. Lo he visto en circunstancias difíciles actuar en la política, en la finanza, en la sociedad, en la familia; y en todo conducirse muy bien.

—Pero tiene muchos enemigos.

—¡Ah! Es que no puede uno ser amado de todos... Eso, sólo el General Mitre... y los billetes de Banco.

A mi izquierda, lado opuesto de los críticos, un conciliábulo femenino cuchicheaba fruslerías.

—¡Si vieran ustedes qué dos lindos sombreritos llevo! Dos primaveras de flores y de tules para deslumbrar á Tucumán.

Así decía una bella joven de grandes ojos negros. Y yo me figuraba el fulgor de esos luceros entre los tules de aquellas *primaveras*.

—*Lo que es yo* —replicaba una vieja— nada habría envidiado para mi tiempo, sino los flequillos, esos encantadores ricitos sobre la frente. Cuando las muchachas se los levantan, me parecen *afrentadas*.

—Todo en la moda actual es bellísimo.

—Menos el horrible polisón ¿qué dromedario lo inventaría?

—La moda lo impone y es preciso obedecerla. Quien no lo usara, sí que parecería *afrentada*.

—¿Y qué me dice usted del calzado? ¿Puede haber ya belleza en el pie, ese dije en la mujer, esa prueba de distinción en el hombre?...

¡Gracias á Dios que soy vieja, para no ver á mi novio embarcado en esas chalupas de afilada proa, que, con el nombre de botines, llevan estos desventurados!

Y señalaba á dos elegantes que sentados delante de ellas, cruzada una pierna sobre otra, ignorantes del terrible proceso entablado á sus extremidades, iban balanceándolas distraídamente y platicando de amores.

—¡Cuán lejos estoy yo, todavía, de la dicha que tú tienes ya tan cercana! —decía el uno, fijos los ojos en lontananza, cual si evocara dulces memorias—. ¡Y pensar que te alejas en esos deliciosos días de espera, la época más radiosa del amor y de la vida!

—Distingo —observaba el otro sonriendo—. Tú hablas de los prelimina-

1 *Zoilos*: críticos presumidos y maliciosos. Por Zoilo de Anfípolis un retórico de influencia cínica del siglo IV aC que en su obra en nueve libros *El látigo de Homero* criticó imperpetinamente las obras de Homero. También escribió críticas de Platón e Isócrates.

res: las pláticas del balcón á la calle; en el teatro; en las naves de las iglesias; en los bailes del Progreso<sup>2</sup>... Ese poema ha concluido para mí con el cambio de *estas*, —señalando una alianza que llevaba en el anular izquierdo— y antes de entrar en pleno noviazgo, situación que nuestras costumbres han tornado tan ridícula, huyo, so pretexto de arreglos pecuniarios, para no regresar sino el día de la boda.

—¡Tú blasfemas! ¡Cómo! Esas dulzuras cambiadas á media voz, inclinado el uno hacia el otro, en el arrobador aislamiento que la benevolencia social permite...

—Esa actitud es un espectáculo soberanamente ridículo, y además, un inconcebible faltamiento á los suyos y á los huéspedes del salón. Qué de veces, cuando mi hermana atravesaba la referida temporada, he deseado abofetear á mi futuro cuñado.

—¡Qué distinta manera de juzgar tenemos! á mí me place esa anticipada intimidad, nuncio de días venturosos.

Pero, desdichado, ¿qué dejáis, entonces, para la alcoba nupcial?

—Señores, he aquí la Estación Frías. ¡A tomar la ronda del mate riquísimo que sabe cebar la Escolástica! —exclamó un pasajero saltando á tierra, apenas detenido el tren. Y corría hacia una fogatita que ardía al aire libre, haciendo hervir á grandes borbotones la pava tradicional.

Al lado, de pie, una mujer —la Escolástica— en la mano un mate de boquilla y bombilla de plata, cebaba y servía por turno á un círculo mixto que muy luego —¡horror!— ensancharon los dos elegantes platicadores; y... hasta mi pulcro y delicado acompañante, el joven Francisco Centeno, fue también á poner entre sus labios el tubo que estaba introduciéndose en tan variadas bocas!

¡Poder de la costumbre!

## — IV —

Tucumán dormía una fresca alborada cuando bajamos á descansar en su estación la media hora que se nos concedía.

Las puertas comenzaban á abrirse.

Al través de las rejas de los vestíbulos, divisábanse dos floridos patios tapizados de madreselvas y jazmines del Cabo.

¡Qué delicioso paraíso es Tucumán!

Lástima grande que esa valiosa producción, la caña de azúcar, llevada hasta las puertas de la ciudad, haya infestado su perfumado ambiente y engendrado esas legiones de horribles cucarachas que invaden los elegantes salones y las lujosas alcobas, cuyos artesonados roen y devastan...

<sup>2</sup> *Progreso*: hacia mitad del Siglo XIX la moda del Positivismo había impulsado la creación de clubes sociales denominados “Del Progreso” en casi todas las ciudades importantes de Latinoamérica.

## — V —

Al volver á ponernos en marcha, encontré en mi *wagon* una amable compañía: los señores Ruiz y García con sus bellas esposas; el señor Gordillo con su preciosa hijita; y un distinguido joven, el señor La Rosa, hijo del sabio ingeniero de ese nombre.

Aunque por primera vez me veían, acogieronme con amable cordialidad. Ellos, que se proponían una mañana de campo y un almuerzo sobre el césped, quedáronse para partirlo conmigo en la Estación de Vipos, donde, en vez de la *troncha*<sup>3</sup> á la *minuta*<sup>4</sup>, relación obligada del viajero en aquellos parajes, regalaron mi paladar deliciosos fiambres, panecillos de manteca, y un vino riojano tan exquisito, que me hizo prorrumpir en un brindis de bendición á la copa y á la mano que lo produjeron.

—Es el *Tinto de la Suegra* —dijo el señor Gordillo; y añadió sonriendo— Mi madre, su fabricante, lo llama así para bromear á su yerno.

## — VI —

En el curso de aquel día vi desfilar á lo lejos, rápidos como en sueños, sitios conocidos y poblados de recuerdos: Trancas, Candelaria, Obando, Arenal, Sauces, Rosario.

¡Qué de veces, cuando niña, había ido allí, llevada en brazos por *tata* Melcho, o por el viejo Gubí, sentado sobre el arzón del lomillo, al abrigo de los *guarda-montes* á ver las carreras en las ferias, o á escuchar el canto de los *payadores* en las *aloeadas*<sup>5</sup> de los Puestos!

¡Qué larga y desastrosa epopeya, entre el presente y ese lejano pasado!

Pero, el viaje al través de la tierra amada no comenzó, verdaderamente, para mí, sino después de Metán, donde llegaban los trabajos del ferrocarril, y comenzaba entonces el servicio de mensajerías hasta Salta.

## — VII —

Anocheecía cuando llegados al término de la línea férrea desembarcamos entre los matorrales ennegrecidos por la noche, á corta distancia del pueblo, cuyas luces comenzaban á extenderse.

Entre los grupos de gente que llegaban al encuentro de los viajeros, un hombre llamaba, pronunciando mi nombre.

3 *Troncha*: tajada, loncha, porción de algo, generalmente un comestible

4 *A la minuta*: dicese de los platos incluídos en la lista de un restaurant

5 *Aloeadas*: o alojeadas, de *Aloja*, bebida fermentada hecha de algarroba o maíz, y agua.

—¡Germán! —respondí yo, llamando, á mi vez.

—¡Querida tía!

Y la tía y el amable sobrino, desconocidos uno del otro hasta esa hora, abrazáronse cordialmente.

Era Germán Torrens, hijo de aquel inolvidable, Juan José Torrens llamado con justo título el *chiste viviente*.

Germán y su hermano, casados con dos nietas del General Pablo Latorre, fueron el iris de paz entre dos familias, unidas en estrecha amistad y separadas después, durante largos años, por los sangrientos odios de la guerra civil.

Germán mandó acercar el carruaje en que había venido á mi encuentro y en el que me aguardaba su esposa, linda joven que me recibió en sus brazos.

Lleváronme á su casa, fresca y agradable vivienda, iluminada en mi espera con luz de fiesta.

Pude entonces contemplar á la esposa de Germán cuyas facciones me había ocultado la oscuridad.

Deidamia —su nombre— es una interesante joven de bellísimos ojos, negra y abundante cabellera.

Ella, su hermana y su prima, rodeándome solícitas, sonriéndome con su juvenil sonrisa, inundaron mi corazón de dulcísimo consuelo.

Parecíanme ángeles demandando el perdón de antiguos agravios y derramando sobre ellos las flores de la divina misericordia.

## — VIII —

Al día siguiente, por una hermosa alborada, tomamos la mensajería llevada por nueve mulas y un conductor, camino de Salta.

Éramos ocho pasajeros, repartidos en la berlina y el *coupé*.

Única de mi sexo, y también á causa de mi edad, rodeábanme atenciones y cuidados.

A mi lado sentábase un *gauchi-político*<sup>6</sup>, hombre de cincuenta años, tinte cobrizo y barba y melenas estupendas.

Apoderábase de toda conversación; y, elevada o banal, llevábala siempre al terreno del partidismo político.

Los nombres de Miguel Juárez Celman y de Bernardo Irigoyen salían á cada momento de entre sus enmarañados bigotes, pero, ¡caso raro! sin saña ni pasión por ninguno de ellos, hablando de los sucesos políticos presentes y pasados y aún de las más terribles catástrofes originadas por ellos, con increíble serenidad, hasta con un ligero tinte de ironía, nota inseparable en todas sus frases.

Excepto él y yo, todos execraban de antemano el fragoso camino que nos

6 *Gauchi-político*: el término fue acuñado por el poeta gauchesco Hilario Ascasubi (1807-1875) al editar en Montevideo a partir de 1829 el diario *El Arriero Argentino*, que ponía en boca de gauchos las denuncias contra Juan Manuel de Rosas.